

Olas

JOSÉ MANUEL FAJARDO

Mi padre me lo repetía constantemente: “No te asustes, las olas simplemente están ahí. Lo único importante es que no pierdas la cuenta. La séptima es la peligrosa, no lo olvides, es con ella que la mar se te viene encima y puede arrastrarte. Muchos han muerto por eso, por no llevar bien la cuenta”.

Mi padre era *percebeiro*, un hombre sin más cultura que lo aprendido de la vida. Y había vivido mucho. Fue soldado durante la guerra civil, siendo apenas un mozo, después emigró, como tantos otros del pueblo, como había hecho en su día el tío Carlos, que se marchó a Cuba antes de la guerra y de vez en cuando mandaba alguna carta breve en la que no faltaba una fotografía, que a veces era de una casa con palmeras y otras de un almuerzo donde mis padres se esforzaban en reconocer a los presentes, primos de cuya existencia yo sólo tenía constancia por aquellas mismas fotos y por las dicusiones que generaban en la familia, pues mis padres nunca estaban de acuerdo sobre quién era quién. Sin embargo, mi padre no se fue a trabajar a Cuba sino a Alemania. Nosotros nos quedamos en casa, siempre a la espera de sus cartas y de sus envíos de dinero, pero él no se acostumbró a la vida de ciudad ni a aquella lengua impronunciable, así que al cabo de cuatro años se enroló en un mercante y regresó a Galicia. Nada le había ido bien desde entonces, hasta que empezó a descolgarse por los acantilados para recoger percebes que luego vendía a buen precio a los transportistas que llevaban el marisco fresco a los mejores restaurantes de Madrid.

El día que me llevó con él al acantilado, para enseñarme el oficio, me lo dijo por primera vez: “Las olas no son tus enemigas, al contrario, ellas traen la vida hasta estas costas”. Dejó un momento de preparar el cabo que había amarrado a uno de los pinos que crecían en lo alto del acantilado y añadió, con un guiño cómplice, “lo que pasa es que la vida, a veces, puede ser muy cabrona”. Después descendimos con cuidado hasta el batiente, cada uno con un saco amarrado a la cintura, y mientras recogíamos los percebes, en medio del fragor del oleaje que rompía contra las rocas a nuestros pies y se retiraba luego con bisbiseo de serpiente, mi padre me repetía “¿cuál es ésta?” y yo le respondía que la segunda o la cuarta, y él volvía a preguntarme “¿y ésta?”, y yo, la tercera o la quinta... Al llegar a la sexta me decía “rápido, ahora vamos arriba”, y trepábamos tres o cuatro metros para ponernos fuera del alcance de la séptima, que estallaba a

nuestras espaldas con un gruñido de perro rabioso y nos salpicaba con su lluvia salada. De inmediato volvíamos a bajar para reanudar la tarea y así hora tras hora, día tras día, en una corredera que duró años, un ritual que repetíamos como actores de teatro, cada vez más seguros de nuestros papeles, mi padre marcándome el ritmo con sus preguntas y yo respondiéndole mientras me apuraba a recoger los percebes y miraba de reojo la siguiente ola.

A mi padre no lo mató la mar, aunque estuvo a punto de hacerlo en un par de ocasiones porque el oleaje también tiene su carácter y a veces cambia de golpe, sin aviso alguno. No, a él lo mató uno de aquellos camiones que llevaban los percebes a Madrid y que perdió los frenos en el cruce del puerto. Pero yo sigo contando olas, se ha vuelto un hábito. Lo hago sin darme cuenta, todo el tiempo, en cuanto estoy cerca del mar. Me relaja. Eso era lo que estaba haciendo hace tres años, contar olas sentado delante de la estación de control, durante mi turno de vigilancia en el puesto de la Guardia Civil, mientras contemplaba admirado una vez más la gigantesca silueta del volcán Teide y escuchaba el mar luminoso de Tenerife, tan diferente del oscuro y furioso mar de mi Galicia natal, que ronroneaba unos metros más allá.

El helicóptero de reconocimiento había avistado una embarcación a la deriva, en medio de un oleaje más violento de lo habitual en esas fechas, y la voz del piloto vino a sacarme de mi recuento para informar que parecía tratarse de otro cayuco, aunque eso sólo podría confirmarse cuando llegara la patrullera. Una vez más eché de menos ese mundo tecnológico de las películas en el que desde un satélite espacial se podía precisar incluso el número de matrícula de un automóvil en pleno corazón de Londres. Los satélites orbitaban sobre nuestras cabezas, jugando a comunicarse o la guerra, a espiarse o a curiosear el cosmos, pero nosotros teníamos que conformarnos con helicópteros que libraban luchas desiguales con los feroces vientos marinos, y ni siquiera disponíamos de un avión. De todas formas, estaba seguro de que el piloto llevaba razón y aquella era una más de las barcazas en que los inmigrantes ilegales zarpan desde la costa senegalesa para jugarse a cara o cruz la vida por un sueño que, si tienen suerte, termina en la sala principal de este puesto de guardia. Aquí les atienden los sanitarios, se les da de comer y se les explica que su sufrimiento ha sido para nada, porque van a tener que regresar a su país. Es una tarea ingrata, una rutina que quita las ganas de todo y a la que yo todavía no acababa de acostumbrarme. Durante aquella semana no había mañana en que no llegaran cayucos a la isla, siempre era así, venían por oleadas, como si la desesperación fuera un viento más que los arrastrara mar adentro, cargados de rostros perplejos y desconcertados, como si sus pasajeros vinieran no del continente vecino sino de remotos planetas, astronautas perdidos en los espacios siderales.

El piloto informó que apenas si había movimiento a bordo del cayuco, iba muy cargado y la noche había sido fría, a saber cuántos estarían ya muertos. La patrullera zarpó de inmediato y confirmó que la salud de los sesenta ocupantes que se hacinaban en la barzaca estaba muy deteriorada, dos de ellos ya habían fallecido y la mayoría presentaba síntomas de hipotermia. Dos horas más tarde, el cayuco llegaba remolcado hasta el puerto de Los Cristianos, donde aguardaban los miembros de la Cruz Roja. Tambaleantes y cubiertos con las mantas que les habían entregado los patrulleros, los inmigrantes se iban dejando caer al suelo

apenas ponían los pies en tierra, como si las pocas energías que les quedaban no bastaran para combatir la fuerza de la gravedad en este mundo nuevo para ellos. Se derrumbaban como títeres de una pieza de marionetas, suavemente, plegándose sobre sí mismos. Luego venían los temblores, las lágrimas, las frases en lenguas que ninguno de nosotros conocía y en las que, según nos explicaba Sanokho, trataban de comunicarnos que tenían hambre o miedo o frío o todo junto a la vez. Sanokho, un mandinga vivo y emprendedor que había llegado en cayuco hacía unos meses y ejercía de traductor para la Cruz Roja, era uno de los pocos que había logrado los papeles de residencia y fue él quien me contó que la muchacha de pelo corto y ensortijado, que temblaba junto a la puerta de entrada del puesto de vigilancia, estaba embarazada. Le pedí que le preguntara su nombre y ella respondió: “Fana, como la ciudad”.

Entonces yo no sabía nada de Fana y menos aún de la ciudad que tenía su mismo nombre y que no estaba en Senegal, como yo creía, si no en Malí. En realidad, no sabía nada de África, salvo que de allí nos llegaban los cayucos y sus problemas. Pero Fana tenía un rostro risueño a pesar de todo, del cansancio, del frío, de la sed y el temor, era como si la sonrisa fuera un rasgo más y no un gesto. Quizá por eso me conmovió, o porque era bonita, o porque se la veía frágil y casi infantil, a pesar de su vientre que ya denotaba su embarazo. Había algo en ella que me recordaba a Estela, claro que mi mujer no era negra, pero durante su embarazo había tenido esa misma mezcla de belleza y candor, como si la maternidad se contagiara de la infancia que viene. Estaba de cinco meses, aclaró Fana, y yo le pregunté tontamente si esperaba niño o niña. Su sonrisa se hizo más amplia, cuando Sanokho me tradujo su respuesta: ¿cómo iba a saberlo? Yo me sentí un completo idiota, le estaba hablando como si estuviéramos en la sala de espera de un hospital de Madrid y no sentados en los escalones de entrada al puesto de la Guardia Civil, en plena noche. Quizá ella notó mi azoramiento porque enseguida añadió que preferiría que fuese niña, “tengo ya dos varones y necesito ayuda en casa, además, las niñas no van a la guerra”. ¿Pero cuántos años tenía? No aparentaba más de veinte. Me explicó que tenía pensado ponerle su mismo nombre, Fana. ¿Y si era niño? No sé por qué se lo pregunté, qué necesidad había de empañar su sueño. “Latif”, respondió de inmediato, y añadió: “como el hombre que guiaba el cayuco”. ¿Era su marido? Le pregunté a Sanokho y busqué al hombre con la mirada, pero Fana rompió a reír, no, no era su marido, nunca lo había visto antes, lo del nombre se lo acababa de inventar. ¿Me estaría tomando el pelo? “Es que yo voy a tener una niña”, me aclaró, con la certidumbre de un jefe de departamento de obstetricia, y esta vez también yo sonreí.

Fana estuvo internada en el centro de acogida durante casi dos meses. Nadie me lo dijo, pero comprendí que las gestiones para su expulsión tenían prioridad, nadie quería que diera a luz allí, no era el mejor lugar para traer un niño al mundo y, además, eso iba a complicar mucho su repatriación. La política era devolverlos a todos a su país y, en su caso, el viaje podía resultar arriesgado a partir del séptimo mes de embarazo. Los de las *oenegés* pondrían el grito en el cielo. Lo cierto es que tan sólo ellos y yo hubiéramos preferido que Fana se quedara.

Me había acostumbrado a su presencia y a su conversación. Era asombrosa

la facilidad con que había aprendido los rudimentos de la lengua española, yo apenas si lograba utilizar una veintena de palabras de la suya, pero ella conseguía comunicarse en la mía aunque fuera con ayuda de gestos y onomatopeyas que daban a nuestra charla un aire de juego infantil. Fue ella quien me habló por primera vez de la inmensidad del Níger, de Koulikoro, su ciudad natal, que estaba emplazada a orilla del río y al pie de una montaña, en realidad una especie de colina, según deduje de sus gestos cuando le pregunté si era tan alta como el Teide. Tardé un poco, pero al final comprendí que el nombre de la ciudad venía precisamente de su emplazamiento, pues en su lengua *koulo koro* quiere decir al pie del monte. También me habló de la ciudad llamada Fana, cercana a Bamako, al parecer muy famosa por sus tejidos, y del largo viaje a pie que había emprendido hacia la costa senegalesa. No conseguí entender cuál era la situación de su marido, salvo que había quedado mutilado en una guerra que tenía que ver con los tuaregs, pero sí que comprendí cuál era la causa de que Fana hubiera dejado a sus hijos y a su esposo para tratar de buscar fortuna en tierras europeas: la langosta. Sus brazos parecían querer abarcar el cielo cuando trataba de describirme la nube de langostas que se había engullido los campos de labranza y las esperanzas de los habitantes de la región. Tras su paso sólo les esperaba el hambre. Fana no quiso seguir el curso del Níger, porque eso la llevaba al sur, así que puso rumbo a occidente con el poco dinero que pudieron sacar de la venta de sus bienes, mientras su familia se trasladaba a casa de sus padres, a la espera de que ella enviara las primeras remesas y quién sabe si quizá incluso la posibilidad de instalarse también ellos un día en Europa.

En ocasiones, cuando no conseguía entender lo que Fana me contaba, recurría a la ayuda de Sanokho, a quien parecían divertirle especialmente nuestra complicada comunicación y mi curiosidad, pero lo que en realidad me fascinaba de los relatos de Fana era que en ellos hubiera siempre una traza de felicidad, por terribles que fueran los acontecimientos de los que me hablaba. A veces veía asomarse a sus ojos la tristeza, incluso las lágrimas, pero enseguida las combatía con su sonrisa infalible, como si luchar contra la infelicidad fuera cosa de vida o muerte. Absurdamente, su buen humor a prueba de desdichas me recordaba a mi padre, que era capaz de verle el lado bueno a todo, incluso a las olas que parecían querer engullirnos cuando cogíamos percebes. “Míralas cómo han ido dando forma a la tierra”, me repetía y, a veces, incluso se echaba a reír mientras las veía romper a nuestros pies, “nada puede detenerlas. Son tenaces. Vuelven una y otra vez, como la respiración. Son más fuertes que cada uno de nosotros, por eso no tienes que luchar con ellas, tienes que comprenderlas”. En más de una ocasión, durante los dos meses que Fana estuvo entre nosotros, me descubrí contando olas en plena guardia y pensando en ella y en mi padre y el tío Carlos, en todos esos naufragos de la vida que se empeñan en sonreír descaradamente al destino, quizá porque piensan que es la única manera de que éste les sonría a su vez. O quizá porque eso es lo que nos hace diferentes de los animales: la posibilidad de negarnos a que nuestro rostro sea mero reflejo de la fatalidad.

El día en que Fana partió, le regalé una camiseta con el nombre de Tenerife y una imagen del Teide, una de esas camisetas para turistas que ella se embutió, encantada, y que resaltaba todavía más la curva de su vientre. Le deseé suerte y la vi salir rumbo al aeropuerto en un autobús repleto de inmigrantes que, como

ella, iban a ser repatriados. Sanokho no dijo nada, pero durante algunos días vino a visitarme al puesto de guardia, para contarme cosas de su tierra. Yo se lo agradecí en silencio, nunca he sido demasiado comunicativo. Ahora que lo pienso, creo que llegué a saber mucho más de la vida de Fana que ella de la mía.

Al poco tiempo, Sanokho volvió a sus asuntos y yo a los míos. Él, traduciendo a los infelices que llegaban en cada nueva oleada de cayucos, y yo, atendiendo la radio del puesto, buscando refugio en los brazos de Estela y de nuestro hijo, a la vuelta del trabajo y, por supuesto, contando olas. La única novedad fue que también empecé a anotar los nombres de los que iban llegando. Compré un cuaderno de tapas duras y comencé el listado a la semana de que Fana se fuese. Así he ido llenándolo de Malick, Awa, Bineta, Rama, Diomaye, Yandé, Samori, Abdou, Ziri, Aïcha, Ndioro, Limane, Kéwé, Nora, Bineta, Abdourahmane, Kamel, Maffal, Fatou... nombres de mujeres y de hombres, nombres mandingas, bambaras, sereres, soninkes, lebús, bereberes, árabes, pulares o songhays, que de todos hay, porque también empecé a distinguir entre las diferentes lenguas y etnias de Senegal, de Malí, de Nigeria, de Mauritania, de igual modo que, en los ratos libres, me dedicaba a buscar en internet imágenes de satélite de aquellas tierras y a agrandarlas hasta que las líneas se volvían carreteras o ríos y las manchas bosques, y los bosques árboles, y lograba distinguir las camionetas que recorrían los senderos y unos puntos negros que sólo podían ser personas.

Durante estos tres años he llenado casi dos cuadernos. Cinco mil doscientos treinta nombres. Los he contado. Junto a algunos de ellos, escribo unas líneas para mantener el recuerdo. A los muertos sin identificar les pongo nombres que me gustan, escritos con tinta roja. Así tienen también su sitio. No es un cuaderno oficial, claro está, eso no entra dentro de mis competencias, pero me ayuda a sobrellevar el trabajo. O, al menos, me ayudaba.

El sábado pasado recibimos una llamada en el puesto de guardia, era el camarero de uno de los chiringuitos de la playa del Medano que avisaba del naufragio de un cayuco apenas a un centenar de metros de la costa. Como ya había salido otra patrulla rumbo a Playa Paraíso, donde habían sido avistadas otras dos embarcaciones de inmigrantes, el teniente me dijo que me uniera a los que iban a socorrer a los náufragos del Medano. Al llegar, encontramos a los turistas que allí estaban atareados en proporcionar los primeros auxilios a quienes conseguían ganar la orilla. Los cubrían con sus toallas o les daban de beber el agua o los refrescos que tenían guardados bajo las sombrillas. Enseguida nos hicimos cargo de la situación. El cayuco era grande y había náufragos por toda la playa, algunos todavía estaban en el agua y la gente trataba de rescatarlos. Una hora después los habíamos reunido en el chiringuito desde el que recibimos la llamada, eran casi un centenar, pero sobre la arena se alineaban los cuerpos de otros siete que se habían ahogado. Preguntamos si alguien podía ayudarnos a identificarlos y un muchacho, que estaba en mejores condiciones que sus compañeros de travesía, se acercó con nosotros hasta los cadáveres. Sanokho nos acompañaba para facilitar la comunicación, y fue él quien me la señaló. El rostro de Fana estaba manchado de arena, su pelo había crecido y su vientre era plano, pero sobre su pecho se recortaba la silueta del Teide impresa en aquella estúpida camiseta que se había puesto debajo de una chaqueta de lana gruesa,

que ahora permanecía unida a su cuerpo tan sólo por la manga izquierda. Limpié su cara y la volteeé hacia mí. La comisura de sus labios dibujaba una casi imperceptible sonrisa, ese gesto que la acompañaba siempre como un rasgo más de su rostro, incluso en la hora de la muerte.

Ahí afuera siguen sonando las olas, esa última ha sido la cuarta, todavía hay tiempo. Esta noche tengo guardia y he aprovechado para anotar estos recuerdos. Hace un rato me estaba preguntando qué habrá sido por fin el hijo de Fana, ¿niño o niña como ella quería? ¿Estará en Koulikoro? La noche es larga cuando se está de guardia. Da tiempo a pensar en todo. A pensar demasiado. De momento voy a terminar estas líneas junto al nombre de Fana, en mi cuaderno. Mañana vendrán otros nombres, otras historias. Quién sabe, si me quedo aquí el tiempo suficiente, si consigo aguantar este recuento, un día puede que los cayucos traigan hasta este puerto a otra Fana que tenga la misma sonrisa infalible de su madre. Estoy cansado, pero no tengo ganas de dormir. Tampoco podría hacerlo aunque quisiera. No es por la guardia, es por la pesadilla que desde hace cuatro noches me atormenta: Estoy al volante de un camión sin frenos y Fana se cruza en mi camino... y yo no puedo hacer nada para evitar aplastarla.

Neuilly-sur-Seine. 17 junio 2008

José Manuel FAJARDO es un escritor español que nació en Granada en 1957. Es un periodista internacional y un autor de ensayos históricos, de novelas, de relatos cortos y de libros para niños, así como de una antología poética bilingüe. Obtuvo varios premios literarios europeos como el Premio Internacional de Periodismo Rey de España y a menudo participa en la creación de encuentros literarios. Sus obras, entre las cuales Una belleza convulsa o A pedir de boca están traducidas al francés, alemán, italiano, portugués, griego y serbio. El libro de relatos que acaba de publicar en 2008 se titula Maneras de estar.

Vagues

JOSÉ MANUEL FAJARDO

Mon père me le répétait sans cesse : « N'aie pas peur, les vagues sont là, voilà tout. La seule chose importante, c'est qu'il faut bien les compter. La septième, c'est celle-là qui est dangereuse, ne l'oublie pas. C'est avec elle que la mer te recouvre et qu'elle peut t'entraîner. Beaucoup sont morts à cause de ça, parce qu'ils n'avaient pas compté correctement. »

Mon père était un pêcheur de pouces-pieds¹, un homme qui avait pour toute culture ce que la vie lui avait appris. Et il avait beaucoup vécu. Il avait été soldat pendant la Guerre Civile, alors qu'il n'était encore qu'un jeune garçon, puis il avait émigré, comme tant d'autres au village, comme l'avait fait aussi, un jour, l'oncle Carlos qui était parti à Cuba avant la guerre, et qui, de temps en temps, envoyait une petite lettre, toujours accompagnée d'une photo. Il s'agissait parfois d'une maison entourée de palmiers ; d'autres fois, d'un repas, auquel cas mes parents s'efforçaient de reconnaître les convives. C'était des cousins dont je ne connaissais l'existence que grâce à ces photos et aux discussions qu'elles généraient dans la famille puisque mes parents n'étaient jamais d'accord sur qui était qui. Mon père, lui, ce n'est pas à Cuba qu'il partit travailler, mais en Allemagne. Quant à nous, nous restâmes à la maison, à attendre sans relâche ses lettres et ses envois d'argent. Mais il ne s'habitua jamais à la vie citadine ni à cette langue imprononçable : c'est ainsi qu'au bout de quatre ans, il se fit enrôler sur un navire marchand et rentra en Galice. La chance ne lui avait pas encore souri jusque-là. C'est alors qu'il commença à descendre le long des falaises pour ramasser les pouces-pieds qu'il vendait, ensuite, à bon prix aux transporteurs qui livraient les fruits de mer frais aux meilleurs restaurants de Madrid.

Le jour où il m'emmena avec lui à la falaise pour m'apprendre son métier, voici ce qu'il me dit pour la première fois : « les vagues ne sont pas tes ennemies, au contraire, ce sont elles qui amènent la vie jusqu'à ces côtes. » Il arrêta un instant de préparer le cordage qu'il avait attaché à l'un des pins qui poussaient au sommet de la falaise, et ajouta, avec un clin d'œil complice : « ce qu'il y a, c'est que la vie peut parfois être garce ». Nous descendîmes ensuite avec prudence jusqu'au brisant, chacun muni d'un sac accroché à la ceinture. Tandis que nous ramassions les pouces-pieds, au milieu du fracas de la houle qui se brisait à nos pieds contre les roches, puis qui se retirait avec le sifflement d'un serpent, mon père me répétait : « on en est à combien avec celle-là ? » et moi, je lui répondais que c'était la deuxième ou la quatrième ; et lui, de me redemander : « et celle-là ? » et moi, de lui répondre : « la troisième ou la cinquième ». Lorsque venait la sixième, il me disait : « vite, il faut monter, maintenant ». Nous grimpons à trois ou quatre mètres de hauteur pour nous mettre hors de portée de la septième qui

¹ Les pouces-pieds sont des crustacés. (N.d.T.)

éclatait dans notre dos avec un grognement de chien enragé et nous éblouissait de sa pluie salée. Immédiatement, nous redescendions pour reprendre le travail et ainsi de suite, heure après heure, jour après jour. Ce rituel dura des années : c'était une cérémonie que nous recommencions comme des acteurs de théâtre, toujours plus sûrs de nos rôles. Mon père marquait le rythme par ses questions, et moi, je lui répondais, en me dépêchant de ramasser les pouces-pieds et en surveillant la vague suivante.

Ce n'est pas la mer qui tua mon père, même si l'occasion se présenta à plusieurs reprises car la houle a aussi son caractère et elle change parfois d'humeur, sans prévenir. Non, il fut tué par l'un de ces camions qui livraient les pouces-pieds à Madrid et dont les freins lâchèrent au carrefour du port. Mais moi, je continue à compter les vagues, c'est devenu une habitude. Je le fais sans m'en rendre compte, tout le temps, dès que je suis au bord de la mer. Ça me détend. C'est ce que j'étais en train de faire il y a trois ans : je comptais les vagues devant la station de radio, pendant mon tour de garde au poste de la Guardia Civil, et je contemplais avec admiration, une fois encore, la silhouette gigantesque du volcan Teide, tout en écoutant la mer lumineuse de Tenerife qui ronronnait quelques mètres plus loin. Elle était si différente de la mer obscure et furieuse de ma Galice natale.

L'hélicoptère de reconnaissance avait aperçu une embarcation à la dérive, au milieu d'une houle plus violente qu'à l'accoutumée pour cette période de l'année. La voix du pilote vint me tirer de mes calculs pour m'informer qu'apparemment, il s'agissait encore d'un canot, mais il ne serait en mesure de me le confirmer qu'à l'arrivée du patrouilleur. Une fois de plus, s'imposait à moi la supériorité du monde technologique des films. Là, depuis un satellite spatial, on était capable de préciser jusqu'au numéro de la plaque d'immatriculation d'une voiture en plein cœur de Londres. Les satellites étaient en orbite au-dessus de nos têtes, ils jouaient à communiquer entre eux ou à se faire la guerre, à s'épier ou à visiter le cosmos. Mais nous, nous devions nous contenter de simples hélicoptères qui luttaient à armes inégales contre les féroces vents marins, et nous n'avions même pas un avion à notre disposition. De toute façon, j'étais sûr que le pilote avait raison et que c'était un de ces canots avec lesquels les immigrants clandestins quittent les côtes sénégalaises et jouent leur vie à pile ou face pour un rêve qui, lorsqu'ils ont de la chance, se termine dans la salle principale de ce poste de garde. Là, ils peuvent disposer des sanitaires, on leur donne à manger et on leur explique qu'ils ont souffert pour rien puisqu'ils vont devoir retourner chez eux. C'est une tâche ingrate, qui ôte tout désir. Je ne parvenais toujours pas à m'y faire. Toute cette semaine-là, il ne s'était pas passé une matinée sans que n'arrivent des canots sur l'île. C'était toujours comme ça : ils venaient par vagues, comme si le désespoir était un vent de plus qui les entraînait en mer. Perplexe et déconcerté, tel était le visage des passagers. On eût dit qu'ils venaient non pas du continent voisin, mais de planètes lointaines, comme des astronautes perdus dans l'espace sidéral.

Le pilote annonça qu'il y avait très peu de mouvement à bord du canot : il était très chargé et la nuit avait été froide. Combien déjà seraient morts ? Le patrouilleur démarra immédiatement et confirma la dégradation de l'état de santé des soixante occupants qui s'entassaient dans la barque ; deux d'entre eux étaient déjà décédés, et la plupart présentait des signes d'hypothermie. Deux heures plus tard, le canot arrivait remorqué au port de Los Cristianos, où attendaient les membres de la Croix Rouge. Chancelants et enveloppés dans les couvertures que leur avaient données les hommes de la patrouille, les immigrants

se laissaient tomber par terre : ils tenaient à peine sur leurs jambes, comme si le peu d'énergie qui leur restait ne suffisait pas à combattre la force de gravité dans ce monde nouveau pour eux. Ils s'écroulaient comme les pantins d'une pièce de marionnettes, doucement, en se repliant sur eux-mêmes. Puis venaient les tremblements, les larmes, les phrases dans des langues qu'aucun de nous ne connaissait, et dans lesquelles, d'après les explications de Sanokho, ils s'efforçaient de nous dire qu'ils avaient faim, peur, ou froid, ou tout cela à la fois. Sanokho, un Mandingue à l'esprit vif et entreprenant, qui était arrivé en canot quelques mois auparavant et qui travaillait comme traducteur pour la Croix Rouge, était l'un des rares à avoir obtenu un titre de séjour. Ce fut lui qui me raconta que la jeune femme aux cheveux courts et frisés qui tremblait, à côté de la porte d'entrée du poste de surveillance, était enceinte. Je lui demandai de s'enquérir de son nom et elle répondit : « Fana, comme la ville ».

À l'époque, je ne savais rien de Fana, et j'en savais encore moins sur la ville qui portait le même nom et qui ne se trouvait pas au Sénégal, comme je le croyais, mais au Mali. En réalité, je ne savais rien de l'Afrique, excepté que c'était de là que nous arrivaient les canots et leurs problèmes. Mais Fana avait un visage souriant malgré tout, malgré la fatigue, le froid, la soif et la peur. C'était comme si son sourire était gravé sur son visage et non pas fugitif comme une simple expression. Peut-être est-ce pour cela qu'elle m'émut, ou alors parce qu'elle était belle, ou parce qu'elle paraissait fragile et presque enfantine, malgré son ventre qui trahissait déjà sa grossesse. Il y avait quelque chose en elle qui me rappelait Estela. Bien sûr, ma femme n'était pas noire, mais, pendant sa grossesse, elle avait été habitée par ce même mélange de beauté et de candeur, comme si la maternité revêtait les traits de l'enfance à venir. Fana me précisa qu'elle était enceinte de cinq mois et, bêtement, je lui demandai si elle attendait une fille ou garçon. Son sourire s'élargit lorsque Sanokho me traduisit sa réponse : comment le saurait-elle ? Je me sentis complètement idiot, je lui parlais comme si nous étions dans la salle d'attente d'un hôpital de Madrid, et non pas assis sur les marches de l'entrée du poste de la Guardia Civil, en pleine nuit. Elle remarqua sans doute mon embarras parce qu'elle ajouta tout de suite après qu'elle préférerait que ce soit une fille : « j'ai déjà deux garçons et j'ai besoin d'aide à la maison, et en plus, les filles, elles, ne vont pas à la guerre ». Mais quel âge pouvait-elle avoir ? Elle ne paraissait pas avoir plus de vingt ans. Elle m'expliqua qu'elle pensait lui donner son propre nom, Fana. Et si c'était un garçon ? J'ignore pourquoi je lui demandai cela, quel besoin avais-je de lui ternir son rêve ? « Latif », me répondit-elle immédiatement, et elle ajouta : « comme l'homme qui menait le canot ». C'était son mari ? Je posai la question à Sanokho en cherchant l'homme des yeux, mais Fana se mit à rire, non, ce n'était pas son mari, elle ne l'avait jamais vu avant, l'histoire du nom, elle venait juste de l'inventer. Elle me faisait marcher ? « Je vais avoir une fille », précisa-t-elle, avec une certitude digne d'un chef de service d'obstétrique, et cette fois, moi aussi je souris.

Fana fut internée au centre d'accueil pendant presque deux mois. Personne ne me l'avait dit, mais je compris que les démarches pour son expulsion étaient prioritaires : personne ne voulait qu'elle accouche ici, ce n'était pas le meilleur endroit pour mettre un enfant au monde, et, de plus, cela allait considérablement compliquer son rapatriement. La politique, c'était de les renvoyer tous dans leur pays, et, dans son cas, le voyage pouvait s'avérer risqué à partir du septième mois de grossesse. Les membres des ONG pousseront les hauts cris. Ce qui était certain, c'est que, eux comme moi, nous aurions préféré que Fana reste.

Je m'étais habitué à sa présence et à sa conversation. La facilité avec laquelle elle avait appris les rudiments de la langue espagnole était étonnante. C'était à peine si je parvenais à utiliser une vingtaine de mots de sa langue, alors qu'elle, elle arrivait à communiquer dans la mienne, fût-ce en ayant recours à des mimiques et des onomatopées qui donnaient à notre bavardage des allures de jeu d'enfant. Ce fut elle qui me parla pour la première fois de l'immensité du Niger, de Koulikoro, sa ville natale, qui se situait au bord d'un fleuve et au pied d'une montagne, une espèce de colline en réalité, d'après ce que je déduisis de ses gestes quand je lui demandai si elle était aussi haute que le Teide. Je mis un peu de temps, mais finalement, je compris que le nom de la ville venait précisément de sa situation géographique, car dans sa langue, *koulo koro* veut précisément dire au pied de la montagne. Elle me parla aussi de la ville appelée Fana, proche de Bamako, apparemment très célèbre pour ses tissus, et du long voyage à pied qu'elle avait entrepris jusqu'à la côte sénégalaise. Je ne parvins pas à comprendre la situation de son mari, si ce n'est qu'il avait été mutilé au cours d'une guerre qui impliquait les Touaregs ; mais en revanche, je compris ce qui avait poussé Fana à laisser ses enfants et son époux afin de tenter fortune sur les terres européennes : la sauterelle. Ses bras semblaient vouloir embrasser le ciel lorsqu'elle essayait de me décrire le nuage de sauterelles qui avaient englouti les cultures et les espoirs des habitants de la région. Après leur passage, seule la faim les attendait. Fana n'avait pas voulu suivre le cours du Niger qui l'aurait emmenée vers le sud : c'est pourquoi elle avait mis le cap à l'ouest avec la modique somme d'argent obtenue grâce à la vente de ses biens, tandis que sa famille partait vivre chez ses parents, dans l'attente de ses premiers envois et, qui sait, peut-être même de la possibilité de s'installer un jour, eux aussi, en Europe.

À l'occasion, lorsque je n'arrivais pas à comprendre ce que Fana me racontait, j'avais recours à Sanokho, qui avait l'air particulièrement amusé par notre communication compliquée et ma curiosité, mais ce qui réellement me fascinait dans les récits de Fana, c'est qu'il y avait toujours en eux une trace de bonheur, aussi terribles que fussent les événements dont elle me parlait. Parfois je voyais dans ses yeux pointer de la tristesse, et même des larmes, mais elle les combattait aussitôt de son sourire infailible, comme si lutter contre le malheur était une question de vie ou de mort. De façon absurde, sa bonne humeur à toute épreuve me rappelait mon père, qui voyait le bon côté des choses en toute circonstance, y compris quand les vagues semblaient vouloir nous engloutir alors que nous ramassions les pouces-pieds. « Regarde comme elles ont petit à petit modelé la terre », me répétait-il, et parfois même, il se mettait à rire lorsqu'il les voyait se briser à nos pieds : « rien ne peut les arrêter. Elles sont tenaces. Elles vont et viennent, c'est comme la respiration. Elles sont plus fortes que chacun d'entre nous, c'est pour ça que tu ne dois pas lutter contre elles, tu dois les comprendre ». À plusieurs reprises, au cours des deux mois que Fana passa parmi nous, je me surpris à compter les vagues en plein tour de garde, et à penser à elle, ainsi qu'à mon père et à l'oncle Carlos, à tous ces naufragés de la vie qui s'entêtent à sourire effrontément au destin, peut-être parce qu'ils pensent que c'est la seule manière d'obtenir que celui-ci leur sourie à son tour. Ou peut-être parce que c'est cela qui nous rend différent des animaux : la possibilité de refuser que notre visage soit le simple reflet de la fatalité.

Le jour où Fana partit, je lui offris un T-shirt sur lequel apparaissaient le nom de Tenerife et une image du Teide, un de ces T-shirts pour touristes qu'elle enfila, enchantée, et qui faisait ressortir encore plus la courbe de son ventre. Je lui souhaitai bonne chance et je la vis s'en aller en direction de

l'aéroport dans un autobus plein d'immigrants qui, comme elle, allaient être rapatriés. Sanokho ne dit rien, mais pendant quelques jours, il vint me rendre visite au poste de garde pour me parler de sa terre. Je lui en sus gré en silence, je n'ai jamais été très communicatif. Maintenant que j'y pense, je crois que j'étais arrivé à en savoir beaucoup plus sur la vie de Fana qu'elle sur la mienne.

Peu de temps après, Sanokho retourna à ses affaires et moi aux miennes. Lui, il traduisait les propos des malheureux qui arrivaient, portés par chaque nouvelle vague de canots, et moi, je m'occupais du poste de radio, en cherchant refuge dans les bras d'Estela et de notre fils, après le travail, et bien sûr, je comptais les vagues. La seule nouveauté, c'est que je me mis également à noter les noms de ceux qui arrivaient. J'avais acheté un carnet à la couverture rigide et je commençai la liste la semaine qui suivit le départ de Fana. C'est ainsi que, peu à peu, le carnet se remplit de Malick, Awa, Bineta, Rama, Diomaye, Yandé, Samori, Abdou, Ziri, Aicha, Ndioro, Limane, Kéwé, Nora, Bineta, Abdourahmane, Kamel, Maffal, Fatou..., de noms de femmes et d'hommes, de noms mandingues, bambaras, sérères, soninkés, lébous, berbères, arabes, poulars ou songhaïs, il y en avait de toutes les sortes, parce que je commençai aussi à connaître les distinctions entre les différentes langues et ethnies du Sénégal, du Mali, du Nigeria, de Mauritanie. De même, pendant mes moments de liberté, je cherchais sur Internet des images satellite de ces terres : je les agrandissais jusqu'à ce que les lignes deviennent des routes ou des fleuves, les taches, des forêts, et les forêts, des arbres ; je parvenais à discerner les camionnettes qui parcouraient les sentiers, et des points noirs par-ci par-là, des personnes, sans aucun doute.

Pendant ces trois ans, j'ai rempli presque deux carnets. Cinq mille deux cent trente noms. Je les ai comptés. À côté de certains, j'écris quelques lignes pour entretenir le souvenir. Aux morts non identifiés, je donne des noms qui me plaisent, écrits à l'encre rouge. Ainsi, eux aussi ont leur place. Ce n'est pas un carnet officiel, bien entendu, cela n'entre pas dans mes compétences, mais cela m'aide à supporter le travail. Ou du moins, cela m'aidait.

Samedi dernier, nous avons reçu un appel au poste de garde : c'était le serveur de l'une des paillotes de la plage de Medano qui prévenait du naufrage d'un canot à une centaine de mètres à peine de la côte. Comme une patrouille était déjà partie en direction de Playa Paraíso, où avaient été aperçues deux autres embarcations d'immigrants, le lieutenant m'a demandé de me joindre à ceux qui partaient secourir les naufragés de Medano. En arrivant, nous avons trouvé les touristes, en vacances à cet endroit, qui s'employaient à donner les premiers soins à ceux qui réussissaient à gagner la rive. Ils les couvraient de leurs serviettes ou leur donnaient à boire l'eau ou les rafraîchissements qu'ils gardaient sous leurs parasols. Aussitôt, nous avons pris la situation en main. Le canot était grand et il y avait des naufragés partout sur la plage, certains étaient toujours dans l'eau et les gens essayaient de leur porter secours. Une heure après, nous les avons rassemblés dans la paillote d'où provenait l'appel : ils étaient une centaine environ, mais sur le sable s'alignaient les corps des sept autres qui s'étaient noyés. Quelqu'un pouvait-il nous aider à les identifier ? Un jeune homme, en meilleure forme physique que ses compagnons de traversée, s'est approché des cadavres avec nous. Sanokho nous accompagnait pour faciliter la communication, et c'est lui qui me l'a désignée. Le visage de Fana était couvert de sable, ses cheveux avaient poussé et son ventre était plat. Mais sur sa poitrine se découpait la silhouette du Teide imprimée sur ce stupide T-shirt qu'elle avait mis sous un gilet en grosse laine, qui ne tenait plus à son corps que par la

manche gauche. J'ai nettoyé sa figure et l'ai tournée vers moi. La commissure des lèvres dessinait un sourire presque imperceptible, cette expression qui l'accompagnait toujours comme si elle était gravée sur son visage, même à l'heure de sa mort.

Là, dehors, les vagues continuent à sonner, la dernière, c'était la quatrième, on a encore le temps. Cette nuit, je suis de garde, et j'en ai profité pour écrire ces souvenirs. Ça fait un moment que je me demande ce qu'il en est finalement du bébé de Fana : un fils, ou une fille, comme elle le souhaitait ? Est-il à Koulikoro ? La nuit est longue quand on est de garde. On a le temps de penser à tout ça. De penser trop. Pour le moment, je vais achever ces lignes à côté du nom de Fana, dans mon carnet. Demain viendront d'autres noms, d'autres histoires. Qui sait, si je reste ici assez de temps, si je réussis à supporter ces calculs, il se peut qu'un jour les canots amènent jusqu'à ce port une autre Fana qui aurait le même sourire infailible que sa mère. Je suis fatigué, mais je n'ai pas envie de dormir. D'ailleurs, je ne pourrais pas, même si je le voulais. Ce n'est pas à cause de la garde, mais à cause du cauchemar qui me tourmente depuis quatre nuits : je suis au volant d'un camion sans freins, et Fana traverse la route sur laquelle je me trouve... et je ne peux rien faire pour l'éviter.

Traduit de l'espagnol par Emmeline FONTAINE

Auteur de langue espagnole, né à Grenade en 1957, José Manuel FAJARDO est à la fois journaliste international et auteur d'essais historiques, de romans, de nouvelles, de livres pour enfants, ainsi que d'une anthologie poétique bilingue. Il a obtenu plusieurs prix littéraires européens, dont le Prix International du Journalisme Rey de España et participe volontiers à la création de rencontres littéraires. Ses œuvres, dont *Les démons à ma porte* ou *L'Eau à la bouche*, sont traduites en français, en allemand, en italien, en portugais, en grec et en serbe. Son dernier recueil de nouvelles, paru en 2008, s'intitule *Manières d'être*.